

BEST SELLER INTERNACIONAL

AMY HARMON

Máscaras

OZ
EDITORIAL

Máscaras

AMY HARMON

Traducción de
PATRICIA MATA

The logo for Oz Editorial features a stylized 'O' with a small crown-like detail on top, followed by a 'Z'. Below this graphic, the word 'EDITORIAL' is written in a clean, sans-serif font.

EDITORIAL

Primera edición: Febrero de 2017

Título original: *Making Faces*

© Amy Harmon, 2013

© de la traducción, Patricia Mata, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: Shutterstock - Aleshyn Andrei

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-53-1

IBIC: YFM

Depósito Legal: B 2548-2017

Preimpresión: Taller de los Libros

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Impreso en España – *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para la familia Roos:
David, Angie, Aaron, Garret y Cameron

Soy solo uno,
pero uno soy.
No puedo hacerlo todo,
pero puedo hacer algo;
y, ya que no puedo hacerlo todo,
no rehusaré hacer aquello que sí puedo hacer.

Edward Everett Hale

Prólogo

«En la antigua Grecia creían que, tras la muerte, todas las almas, buenas o malas, descendían al Averno, el reino de Hades, en las profundidades de la Tierra, y que allí moraban eternamente», leyó Bailey en voz alta mientras sus ojos iban de un lado al otro de la página.

«El encargado de proteger el Averno del mundo de los vivos era Cerbero, un enorme y feroz perro de tres cabezas que tenía un dragón por rabo y la espalda llena de cabezas de serpientes». Bailey se estremeció al imaginar cómo debió de sentirse Hércules cuando vio a la bestia por primera vez, sabiendo que tendría que vencer al animal a brazo partido.

»Era el último trabajo de Hércules, la última obra pendiente, y sería la misión más difícil de todas. El héroe sabía que quizá, después de bajar al Averno, enfrentarse a monstruos y fantasmas y luchar contra demonios y todo tipo de criaturas míticas por el camino, nunca podría volver al mundo de los vivos.

»Sin embargo, no le temía a la muerte. Se había enfrentado a ella muchas veces y anhelaba el día en que también él sería liberado de su servidumbre infinita. Así pues, Hércules partió, deseando en secreto encontrarse en el Reino de Hades con las almas de los seres queridos que lo habían dejado y por los que ahora hacía penitencia».

Ser una superestrella o un superhéroe

Primer día de clase, septiembre de 2001

Había tanto ruido en el gimnasio del instituto que Fern tuvo que acercarse a Bailey y gritarle en la oreja para que la oyera. Bailey podía desplazarse tranquilamente con la silla de ruedas a través de la ingente masa de alumnos, pero Fern empujaba la silla porque así era más fácil que no se separaran.

—¿Ves a Rita? —gritó ella mientras buscaba entre la multitud.

Rita sabía que tenían que sentarse en la primera fila de las gradas para que el chico pudiera colocarse junto a ellas en la silla de ruedas. Bailey señaló y Fern siguió el dedo con la mirada hasta donde estaba Rita. Esta saludaba con la mano frenéticamente, de manera que le botaban los pechos y el pelo sedoso se le movía de un lado a otro por encima de los hombros. Se acercaron a ella y Fern dejó que Bailey tomara el control de la silla de ruedas mientras ella se sentaba en la segunda fila, justo detrás de Rita; Bailey colocó la silla al lado de la grada.

A Fern no le gustaban las asambleas para animar al equipo. Era bajita, y la gente solía chocar con ella o apretujarla, independientemente de dónde se sentara. Además, no le interesaba chillar y patalear para animar al equipo. Suspiró y se puso cómoda para la media hora de gritos, música a todo volumen y jugadores de fútbol americano que se motivaban a ellos mismos hasta la histeria.

—Por favor, poneos en pie para escuchar el himno nacional —dijo una voz estridente. El micrófono silbó a modo de protes-

ta e hizo que la gente se estremeciera y se tapara las orejas. El gimnasio finalmente quedó en silencio.

—Chicos y chicas, hoy tenemos una sorpresa.

Connor O'Toole, también conocido como Beans, sujetaba el micro con una mirada perversa. Beans siempre tramaba algo y consiguió al instante la atención de los asistentes. Era medio irlandés medio hispano, y su nariz respingona, sus ojos brillantes color avellana y su sonrisa diabólica no concordaban con su piel morena. Era parlanchín y estaba claro que disfrutaba hablando por el micrófono.

—Nuestro amigo Ambrose Young ha perdido una apuesta. Dijo que, si ganábamos el primer partido, cantaríamos el himno nacional en esta asamblea. —Se oyeron gritos ahogados y la gente empezó a hablar más alto—. Pero no solo ganamos el primer partido, sino que también hemos ganado el segundo. —El público gritó y empezó a patear contra el suelo—. Y, como es un hombre de palabra, aquí está Ambrose Young para cantar el himno nacional —añadió Beans antes de darle el micrófono a su amigo.

Beans era pequeño. A pesar de ser un alumno de último curso, era uno de los más bajitos del equipo y era más adecuado para la lucha libre que para el fútbol americano. Ambrose iba al mismo curso, pero no era bajito. Sobre pasaba a Beans (sus bíceps tenían casi el mismo diámetro que la cabeza de su amigo) y parecía salido de la cubierta de una novela romántica. Hasta su nombre parecía el de un personaje de un relato erótico. Fern entendía del tema, había leído muchas novelas del género: muchos alfa de abdominales duros y miradas ardientes con los que eras feliz para siempre. Pero ninguno de ellos estaba a la altura de Ambrose Young, ni en la ficción ni en la vida real.

Para Fern, Ambrose Young era increíblemente guapo, un dios griego entre los mortales, el típico chico que sale en los cuentos de hadas y en las películas. A diferencia de los demás chicos, tenía el pelo oscuro y ondulado, que le llegaba a la altura de los hombros, y a menudo se lo peinaba hacia atrás para que no le tapara los ojos marrones con pestañas abundantes. El corte cuadrado de su mandíbula definida evitaba que fuera demasiado guapo, eso y el hecho de que midiera aproximada-

mente un metro noventa sin zapatos, que pesara unos noventa y siete kilos a los dieciocho años y que estuviera musculado desde los hombros hasta los gemelos, bien definidos.

Corría el rumor de que la madre de Ambrose, Lily Grafton, se había enrollado con un modelo de ropa interior italiano en Nueva York cuando intentaba hacerse famosa. El *affaire* acabó rápidamente cuando él descubrió que estaba embarazada. Plantada y embarazada, volvió a casa y se vio arrastrada a los reconfortantes brazos de su viejo amigo Elliott Young, que se casó con ella gustosamente y aceptó al bebé seis meses más tarde. En la ciudad le prestaban especial atención al precioso bebé a medida que iba creciendo, especialmente porque el pequeño y rubio Elliott Young terminó teniendo un hijo moreno, de pelo y ojos oscuros y una complexión digna de... bueno, de un modelo de ropa interior. Catorce años más tarde, cuando Lily dejó a Elliott Young y se mudó a Nueva York, a nadie le sorprendió que esta fuera a buscar al verdadero padre de su hijo. Lo sorprendente fue que el niño, de catorce años, se quedó en Hannah Lake con Elliott.

Por aquel entonces, Ambrose era uno más del pueblo, y la gente especulaba que esa era la razón por la que se había quedado. Podía lanzar una jabalina como si fuera un guerrero mítico y pasaba a través de las líneas defensivas de los oponentes en el campo de fútbol como si fueran de papel. Llevó a su pequeño equipo de la liga al campeonato del distrito y era capaz de hacer un mate de baloncesto para cuando tenía quince años. Todos estos eran hechos destacables, pero en Hannah Lake, Pensilvania, donde se cerraban las tiendas para ver los combates locales y se seguía la clasificación estatal como si fueran los números ganadores de la lotería, donde la lucha libre era una obsesión que competía con la que sentían por el fútbol americano en Texas, era considerado una estrella por su destreza en el tapiz.

La multitud se calló en cuanto Ambrose agarró el micrófono, ya que todos esperaban con ansia lo que probablemente sería un divertidísimo destrozo del himno. Ambrose era conocido por su fuerza, su buen físico y su destreza atlética, pero nadie lo había oído cantar nunca. El silencio estaba saturado de una expectación vertiginosa. Se apartó el pelo y metió una mano en

el bolsillo como si estuviera incómodo. Entonces, fijó la mirada en la bandera y empezó a cantar.

—*Oh, say can you see by the dawn's early light...*

Se volvió a oír un grito ahogado en la audiencia, no porque lo hiciera mal, sino porque lo hacía de maravilla. La voz de Ambrose Young concordaba con el envoltorio en el que estaba encerrada. Era suave, profunda y muy intensa. Si el chocolate negro cantara, sonaría como Ambrose Young. Fern se estremecía a medida que la voz la envolvía, como si fuera un ancla que se le aferraba al vientre y la llevaba con ella a las profundidades del océano. Dejó que se le cerraran los ojos detrás de las gafas de cristales gruesos y que el sonido la inundara. Era increíble.

—*O'er the land of the free...* —La voz del chico alcanzó las notas más altas, y Fern se sintió como si hubiera escalado el Everest: falta de aliento y triunfante—. *And the home of the brave.*

La muchedumbre rugió a su alrededor, pero Fern todavía estaba pendiente de la última nota.

—¡Fern! —resonó la voz de Rita. Dio un empujón a la pierna de su amiga, pero esta lo ignoró.

Fern estaba disfrutando de un momento con la que era, en su opinión, la voz más bonita del mundo.

—Fern está teniendo su primer orgasmo —dijo entre risas una de las amigas de Rita.

Fern abrió los ojos rápidamente y vio como Rita, Bailey y Cindy Miller la miraban sonriendo ampliamente. Por suerte, gracias a los aplausos y a los gritos, la gente de su alrededor no había oído la valoración humillante de Cindy.

Fern era pequeña y pálida, con el pelo de un color rojo intenso y rasgos fáciles de olvidar; sabía que era la clase de chica a la que se suele pasar por alto, se ignora con facilidad y sobre la que no se fantasea. Había pasado su niñez como flotando, sin dramas ni algarabías, anclada en la conciencia plena de su propia mediocridad.

Al igual que Zacarías e Isabel, padres del personaje bíblico Juan Bautista, los padres de Fern ya eran mayores cuando formaron una familia. A los cincuenta y cinco años, Joshua Taylor, el popular pastor del pueblo de Hannah Lake, se quedó atónito

cuando Rachel, la que había sido su mujer durante quince años, le dijo que iban a tener un hijo. La mandíbula le cayó al suelo, le temblaban las manos, y, si no hubiera sido por la serena alegría en la cara de su mujer, que tenía cuarenta y cinco años, habría pensado que le estaba gastando una broma por primera vez en la vida. Siete meses más tarde, Fern vino al mundo. Fue un milagro inesperado, y toda la ciudad lo celebró con la entrañable pareja. Fern pensaba que era irónico que la hubieran considerado un milagro, cuando su vida había sido de todo menos milagrosa.

Fern se quitó las gafas, las limpió con el dobladillo de la camiseta y consiguió que las caras que la miraban divertidas desaparecieran de su vista. «Que se rían si quieren», pensó, porque la realidad era que se sentía eufórica y mareada al mismo tiempo, como se sentía a veces después de una escena de amor especialmente satisfactoria en una de sus novelas favoritas. Fern Taylor amaba a Ambrose Young, lo amaba desde que tenía diez años y lo había escuchado cantar algo completamente diferente. Pero en ese momento, él había alcanzado un nivel completamente nuevo de belleza, y Fern se tambaleaba, aturdida al descubrir que un chico pudiera tener tantos talentos.



Agosto de 1994

Fern fue a casa de Bailey; estaba aburrida y había leído todos y cada uno de los libros que había sacado prestados de la biblioteca la semana anterior. Se encontró a Bailey sentado como una estatua en los escalones de cemento que daban a la puerta principal de su casa. Sus ojos enfocaban algo que había en la acera delante de él. Fern lo sacó de su ensimismamiento cuando estuvo a punto de pisar, por poco, el objeto de su fascinación. Él gritó y Fern chilló al ver una araña gigante y marrón a pocos centímetros de su pie.

La araña siguió su camino y cruzó lentamente el largo tramo de cemento. Bailey dijo que la había estado siguiendo durante media hora, sin acercarse mucho, porque al fin y al cabo

era una araña y daba asco. Fern nunca había visto una araña tan grande. Tenía el cuerpo del tamaño de una moneda de cinco centavos, pero con las piernas larguiruchas llegaba fácilmente a tener el tamaño de una moneda de cincuenta. Bailey estaba alucinando. Al fin y al cabo, era un chico y la araña daba asco.

Fern se sentó a su lado a mirar cómo el bicho se tomaba su tiempo para cruzar la calle de delante de casa de Bailey. Deambulaba como un anciano de paseo, sin prisa, sin miedo, sin un propósito en mente; un ciudadano veterano con piernas largas y cenceñas que desplegaba con cuidado cada vez que daba un paso. Se fijaban en el bicho, embelesados por su belleza aterrador. Este pensamiento pilló a Fern desprevenida. Era precioso a pesar de que a ella le diera miedo.

—Mola —dijo ella, maravillada.

—Evidentemente. Es una pasada —respondió Bailey con la mirada fija en el arácnido—. Ojalá yo tuviera ocho piernas. Me pregunto por qué a Spiderman no le salieron ocho patas cuando le picó la araña radiactiva. Le dio un sentido de la vista excelente, fuerza y la habilidad de tejer telarañas. ¿Por qué no las patas extra? ¡Oye, a lo mejor su veneno cura la distrofia muscular, y si dejo que este pequeñín me pique, me vuelvo corpulento y fuerte! —dijo Bailey, rascándose la barbilla como si lo estuviera considerando de verdad.

—Eh... yo no me arriesgaría —replicó Fern, que se estremeció.

Volvieron a quedarse hipnotizados y no se dieron cuenta del chico que pasaba en bicicleta por la acera.

El chico vio a Bailey y Fern tan quietos y en silencio que no pudo evitar interesarse. Se bajó de la bicicleta, la dejó en el césped y siguió su mirada hasta la araña grande y marrón que trepaba por la acera de enfrente de la casa. La madre del chico tenía fobia a las arañas y siempre lo obligaba a matarlas inmediatamente. Había matado a tantas que ya ni siquiera le daban miedo. Pensó que quizá Bailey y Fern estaban asustados, que estaban muertos de miedo y no eran capaces ni de moverse. Podía ayudarlos. Así que corrió hasta donde estaban ellos y aplastó la araña bajo su gran zapatilla de deporte blanca. Así, sin más.

Fern y Bailey clavaron la mirada en el chico.

—¡Ambrose! —gritó Bailey, horrorizado.

—La has matado —susurró Fern con voz sorprendida.

—¡La has matado! —rugió Bailey, que se puso de pie. Se cayó en la acera y miró la mancha marrón que había ocupado la última hora de su vida—. Necesitaba su veneno. —Bailey todavía estaba inmerso en la fantasía de remedios arácnidos y superhéroes. Y entonces, para sorpresa de todos, se echó a llorar.

Ambrose miró a Bailey, boquiabierto, y vio como, con pasos inseguros, subió los escalones y cerró de un portazo al entrar. Ambrose cerró la boca y metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Lo siento —le dijo a Fern—, pensaba que teníais miedo, como estabais ahí los dos sentados mirando... A mí no me dan miedo las arañas, solo quería ayudar.

—Quizá deberíamos enterrarla —dijo Fern, con una mirada triste detrás de las gafas.

—¿Enterrarla? —preguntó él, sorprendido—. ¿Era su mascota?

—No, acabábamos de conocerla, pero es posible que le haga sentirse mejor —respondió ella con seriedad.

—¿Por qué está tan triste?

—Porque la araña se ha muerto.

—¿Y qué? —Ambrose no pretendía ser un capullo. No lo entendía. Y la pequeña cabeza roja de pelo rizado le estaba poniendo de los nervios. La había visto antes en el colegio y sabía cómo se llamaba, pero no la conocía. Se preguntaba si era especial. Su padre decía que debía portarse bien con los chicos especiales porque ellos no podían evitar ser así.

—Bailey tiene una enfermedad que le debilita los músculos. Puede ser mortal, y por eso no le gusta cuando algo muere. Le resulta difícil —respondió ella con sencillez y honestidad. Al decir eso, dio la impresión de ser una chica inteligente.

Entonces, Ambrose entendió lo que había pasado en el campamento de lucha libre ese verano: Bailey no podía luchar porque estaba enfermo. Ambrose volvió a sentirse mal.

Se sentó al lado de Fern.

—Te ayudaré a enterrarla.

Fern se puso de pie y echó a correr hacia su casa antes de que él hubiera acabado de hablar.

—Tengo una cajita perfecta. Intenta despegarla del suelo — gritó con la cabeza girada hacia atrás.

Ambrose usó un trozo de corteza del parterre de los Sheen para recoger los restos de la araña. Fern volvió en medio minuto y sujetó la caja blanca de un anillo con la tapa abierta mientras él ponía los intestinos del bicho en el immaculado algodón. Fern cerró la caja y lo miró con un gesto solemne. Ambrose la siguió hasta el patio de su casa y juntos excavaron un agujero en un rincón del jardín.

—Creo que así ya está bien —dijo él, cogiendo la cajita de las manos de Fern. La colocó en el agujero y los dos se quedaron mirándola.

—¿Crees que tendríamos que cantar algo? —preguntó Fern.

—Yo solo me sé una canción sobre arañas.

—¿La de La pequeña araña?

—Sí.

—Yo también me la sé.

Juntos, Fern y Ambrose cantaron la canción de la araña que subía y subía y subía hasta que la lluvia se la llevaba, y entonces esperaba a que saliera el sol y por fin lograba subir de una vez por todas.

Cuando acabó la canción, Fern puso la mano sobre la de Ambrose.

—Deberíamos rezar una oración. Mi padre es pastor, sé cómo hacerlo, yo me encargo.

A Ambrose le parecía extraño coger de la mano a Fern. La tenía mojada y sucia por haber cavado la tumba, y era muy pequeña. Pero antes de que pudiera protestar, la niña dijo con los ojos cerrados con fuerza y cara de concentración:

—Padre nuestro, gracias por todo lo que has creado. Nos ha encantado observar a la araña. Molaba y nos ha hecho felices durante un rato, hasta que Ambrose la ha aplastado. Gracias por hacer que incluso las cosas feas sean bellas. Amén.

Ambrose no había cerrado los ojos, miraba fijamente a Fern. Ella abrió los ojos, le sonrió con dulzura y le soltó la mano. Entonces empezó a echar tierra encima de la caja blanca hasta que

la cubrió completamente y formó la letra B con piedras al lado de la A que había hecho Ambrose.

—¿De qué es la B? —preguntó Ambrose. Pensó que quizá la araña tenía nombre y él no lo sabía.

—Araña bonita —respondió Fern—. Así es como la recordaré.

Sigue a Oz Editorial
en www.ozeditorial.com
en nuestras redes sociales
y en nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos
QR y empieza a disfrutar de información
anticipada sobre nuestras novedades y
contenidos y ofertas exclusivas.

